

asistencia á espectáculos profanos, donde se ofenden el pudor y la moral; las malas lecturas, ¡ah! los malos libros, que tanto cunden hoy entre nosotros y, semejantes á una lava abrasadora, destruyen é inficionan cuanto tocan.

En segundo lugar, dedicaros á la oracion y familiarizaros con el uso de esa arma poderosa, vencedora de todos los enemigos. La oracion mental; la invocacion frecuente de nuestra dulcísima Madre; la visita mensual, señalada en los estatutos de la Asociacion; la asistencia á los ejercicios. En este punto hay mucha negligencia, y es preciso que desaparezca, haciéndoos una obligacion de no faltar jamás por motivos que dependan de vuestra voluntad.

Y en tercer lugar, la asistencia á los actos de religion, sin faltar á vuestros deberes respectivos, y la frecuencia de Sacramentos, confesando y comulgando, siquiera el dia que os corresponda la visita y en las festividades principales de Nuestra Señora.

Correspondiendo así á las gracias que os dispensa el Señor, haciéndoos dignas del amor de esa dulce Madre, entonces sí que podreis gloriaros del nombre de Hijas de María, porque vuestra filiacion será entonces prenda segura de la gloria.—AMEN.

SERMON

SOBRE

LA NATIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA.

Nativitas tua, gaudium annuntiavit universo mundo.

Sta. Mat. Eccl., in off. huj. diei.

Hoy nos hemos congregado en este lugar santo para contemplar un acontecimiento tiernísimo, que si bien pasa desapercibido para el mundo carnal, como una escena oscura de familia, es, sin embargo, uno de aquellos misterios más grandes y de mayor interés de nuestra religion. Héle aquí.

Vivian tranquilos, llenos de virtudes, los santos esposos Joaquín y Ana en las montañas de Judea. Una sola cosa les aflige, que eran estériles, y ambos tocaban ya los límites de la ancianidad. Ambos pedían continuamente al Señor que apartase de ellos esta maldicion, porque como tal era considerada entre los judíos la esterilidad, ofreciéndole que le

consagrarian desde su nacimiento el fruto que se dignase concederles. Y el Señor, que tenia sobre ellos grandes planes, les oyó y les concedió una preciosa niña. Sus padres, llenos de consuelo, é inundados de gozo, convocan á los sencillos habitantes de la montaña, y todos concurren á celebrar con ellos tan fausto suceso.

Esto pasaba, señores, en las alturas de Hebron, hace ya casi dos mil años, y casi dos mil años hace ya que no ha cesado el mundo católico de repetir los elogios de aquella preciosa niña. «Su memoria, dice un escritor contemporáneo, viva siempre en el corazón de todos sus admiradores, no se ha debilitado aun; por el contrario, semejante á un río formado en su nacimiento de las pequeñas gotas que brotan debajo de una montaña, se ha dilatado y ensanchado atravesando las edades.» Y hoy es más vasto que el Océano, y cubre todo el universo, y va hasta más allá del tiempo para caer otra vez en las profundidades de la eternidad. Y hoy todos los pueblos de la tierra y todos los habitantes del cielo, repiten extasiados como los sencillos montañeses de Judea: «Tu nacimiento, oh dichosa niña, fué el anuncio de gozo y felicidad para todo el mundo:» *Nativitas tua, gaudium annuntiavit universo mundo.*

Pero ¿quién es esta dichosa niña, cuyo nacimiento arrastra en pos de sí el gozo de todo el mundo? ¿Cuál es su condicion, cuáles sus prerogativas, cuál es su destino, su mision con respecto á nos-

otros? ¡Ah! la misma santa Iglesia nos lo dice: «de su seno virginal ha de nacer el sol de Justicia, Cristo nuestro Dios y Salvador, el que, borrando el decreto de maldicion, le trocará en decreto de bendicion; el que, confundiendo la muerte, nos dará una vida sobrenatural y eterna:» *Quia ex te ortus est sol justitiae, etc.*

Pues bien, señores; supuesto que toda la gloria y toda la grandeza de la Santísima Virgen se deriva y tiene su origen y fundamento en haber sido Madre de Jesus nuestro Salvador, cooperando de un modo tan directo á la salud del mundo, vamos á considerarla, á la luz de la más sana teología, bajo este sólo aspecto, y esto sólo será bastante para convencernos de la razon por qué su nacimiento ha sido el nuncio de gozo para el mundo: *Nativitas tua, gaudium annuntiavit universo mundo.* Despues me permitireis algunas reflexiones dirigidas á nuestra comun utilidad.—AVE MARÍA.

Nativitas tua, gaudium annun-
tavit universo mundo.
Sta. Mat. Eccl., in off. huj. diei.

Decía, señores, que cuando vamos á contemplar la grandeza y la gloria de la Santísima Virgen, con relacion á nosotros, debemos buscarlas en su misma fuente. Porque si yo os dijera que fué como todos los santos, y mayor que todos los santos, y mayor que todos los ángeles, que los querubines y los serafines, muy mezquina sería por cierto la idea que formaríais de su grandeza. Pero si yo os hiciera ver que fué modelada por el mismo Dios, para ser su Madre y su Esposa muy amada; que su espíritu era el mismo espíritu de Dios; que estuvo asociada al mismo Dios en la obra grande de la redencion; que se identificó con el mismo Dios, é hizo suyos los intereses de su gloria y de nuestra felicidad, entonces sí que formaríais una idea exacta de su grandeza y de la razon por qué su Natividad fué el nuncio de gozo para el mundo. Esto me propongo. Para ello nos es necesario penetrar en el santuario de la religion y descorrer un tanto el velo que cubre la profundidad de sus augustos misterios. Estadme atentos.

Todo es libre en el plan de Dios, obrando *ad extra*,

como dicen las escuelas, esto es, obrando fuera de sí en el mundo criado. Pero hay una diferencia notable entre sus obras del orden natural y las del orden sobrenatural; aquellas se contienen y desenvuelven en leyes generales, invariables, que constituyen lo que llamamos orden de la naturaleza, establecido por Dios desde el principio del mundo; pero las del orden sobrenatural dependen inmediatamente de Dios, las realiza por sí mismo sin relacion á las causas segundas. Así, pues, el misterio augusto de la Encarnacion del Verbo, que es el misterio de Dios por excelencia, la suma y compendio del orden de la gracia, obra es inmediata de Dios, y en él resplandecen más que en ningun otro, no sólo su sabiduría y su bondad, sino tambien la libertad absoluta y omnimoda con que verifica todas sus obras *ad extra*. Queriendo comunicarse á su obra por este misterio, podia haber encarnado de distinta manera que lo hizo; podia haberse unido á la humanidad entera, absorbiendo en su persona todas las personalidades; pero prefirió no tomar sino la naturaleza humana sin personalidad, y hacerse hombre perfecto, sin dejar de ser al mismo tiempo Hijo natural de Dios.

San Francisco de Sales explica con su acostumbrada sencillez este sublime misterio. «Podía Dios, dice, haber verificado su Encarnacion de muchos modos; ya formando de la nada, no sólo el cuerpo, sino tambien el alma, ya modelando el cuerpo de cualquiera materia ya existente, como habia hecho

con el de nuestros primeros padres, ya por la vía ordinaria de la generación, ya, en fin, por una generación extraordinaria de mujer sola, sin concurso de varón. Se dignó elegir este último medio, y entre tantas mujeres como pudiera haber elegido, escogió á la Santísima Virgen María. Y por su concurso se hizo, no solamente hombre y Salvador del hombre, sino también niño, con todas las debilidades consiguientes.» Hasta aquí el Santo.

La razón de esta admirable economía del plan divino, nos la ofrecen los PP. San Agustín y San Bernardo: añade el primero. «Fue conveniente, dice, que concurriesen á su reparación uno y otro sexo, ya que ambos habían concurrido á su degradación:» *Congruum fuit ut adesset nostræ reparationi uterque sexus quorum corruptioni neuter defuisset.* Y en otro lugar añade: «tomó Dios de uno y otro sexo, para que ninguno se creyese abandonado de su Creador:» *Ne quis forte sexus á suo Creatore se contemptum putaret virum suscepit natum ex femina.*

Hé aquí bastantemente expresado el destino de la Santísima Virgen María, inseparable de su divino Hijo en el plan de Dios. No es una mujer cualquiera, más ó menos privilegiada, más ó menos santa, es la realidad de todas las figuras, es el objeto de todas las profecías, es aquella mujer heroica que había de quebrantar la cabeza de la serpiente; es la Virgen fecunda de Isaías; es la mujer, en fin, asociada á la Santísima Trinidad en la Encarnación del Verbo, y

la Madre de todo un Dios. Ved, pues, cuánto se aproxima ó, mejor dicho, cuánto se identifica con el mismo Dios; ¡ah! ¡y cuánto debe ser el gozo del mundo en el nacimiento de esta dichosa niña! Con razón le celebra y celebrará siempre como el principio y fundamento de toda su felicidad y de toda su gloria.

Pero permitidme, señores, que me detenga todavía un momento más en la explicación de este sublime misterio. Penetremos más en su profundísima filosofía. El P. San Juan Damasceno va á servirnos de guía.

La unión misteriosa de Dios con la naturaleza humana dió por resultado á nuestro divino Salvador Jesucristo, Dios verdadero y hombre perfecto con dos naturalezas y dos voluntades, divina y humana; pero en una sola persona divina, porque no tomó la personalidad humana, sino sola la naturaleza.

Pues esta unión de Dios con nuestra naturaleza debió verificarse por un acto libre y espontáneo por parte de Dios y también por parte de la humanidad, porque la voluntad, la espontaneidad, son el carácter distintivo de las obras de la religión y juegan constantemente en el comercio de Dios con el hombre. Fácilmente se comprende cómo Dios quiso la Encarnación, pero no se comprende del mismo modo cómo la humanidad se prestó á esta obra prodigiosa.

Porque la voluntad humana, como facultad general y común del género humano, no debe confundirse con la persona que lo ejerce. «Querer, dice el cita-

do Padre, es propio de todo hombre, es una facultad de la naturaleza humana en general; pero querer esto ó aquello, de tal ó cual modo, esto es propio de cada hombre en particular, y pertenece á la personalidad:» *Velle ad naturam pertinet; hoc autem velle et sic velle ad personam.* El Verbo de Dios ha tomado la naturaleza humana, no la persona; tiene dos voluntades, pero él solo mueve estas dos voluntades y estas dos naturalezas. ¿Cómo, pues, la naturaleza humana, dormida, por decirlo así, sin voluntad determinada, pudo consentir y querer la union con el Verbo de Dios?

¿Quereis saber cómo esto se verifica? ¡Ah! Se verifica por el ministerio de la Santísima Virgen. Ella es la persona humana que, tomando la naturaleza humana que ha formado con su misma sangre, la presenta al Verbo de Dios, la ofrece de un modo sensible y presta en su nombre el consentimiento necesario para esta union admirable. María es la representante del género humano, la personalidad de nuestra naturaleza y la parte humana voluntaria que debe concurrir necesariamente al misterio de la Encarnacion. María es una parte esencial, contratante, una cuarta persona añadida á la Santísima Trinidad en esta grande obra. Y Dios, que manda á sus criaturas como árbitro soberano de todas ellas, sin exigirles su consentimiento, que dijo á Abraham: «Sal de tu país, abandona la casa de tus padres y ven adonde yo te mostraré; sobre aquel monte sacri-

ficame á tu hijo Isaac, al objeto de todas tus esperanzas;» este Dios exige el consentimiento de María y espera para realizar su obra que pronuncie aquellas tiernísimas palabras: «Hé aquí la esclava del Señor; hágase en mí segun su voluntad santísima:» *ecce ancilla Domini, etc.* ¡Ah! postrémonos ante esa mujer dichosa, identificada casi con su Dios, y digámosle con el ángel: «Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, y por tí en nosotros.»

Ahora ya podemos extender una ojeada rápida sobre la vida pública de la Santísima Virgen; desde la humilde cuna que mece á esa preciosa niña, contemplemos lo que será algun dia en el mundo. Vedla, pues, ofreciéndose, dando su consentimiento para la obra grande y admirable de la Encarnacion del Verbo. «Se presenta, dice el angélico doctor Santo Tomás, para contraer cierto desposorio espiritual con Dios en nombre de la humanidad:» *Et ideo, per annuntiationem expectabatur consensus Virginis loco totius humanæ nature.*

Vedla presentarse despues en el templo con el Hijo que ha formado con su misma sangre, y allí le ofrece y se ofrece tambien ella misma á su Eterno Padre en testimonio de su amor, y como asociada á la gran víctima propiciatoria y expiatoria por los pecados del mundo.

Vedla subir despues la cumbre del Calvario siguiendo las huellas ensangrentadas del Salvador, y allí entregarse tambien á la muerte por nosotros,

:

dándonos á luz, segun la frase de San Bernardo, á costa de agudísimos dolores: *erat magno dolore parturiens*. ¡Ah! ¡cuánta luz, amados míos, y cuán dulce consuelo se desprende de estas reflexiones!

Llenémonos de júbilo con la Iglesia santa, y digamos con toda la efusion de nuestras almas, que hoy se ha colmado nuestro gozo y nuestra felicidad, porque ha nacido María, la Hija del Padre, la Esposa del Espíritu-Santo, la Madre de Jesus nuestro Salvador, del que, borrando el decreto de maldicion, le trocaria en decreto de bendicion; el que, destruyendo la muerte, nos dará una vida sobrenatural y eterna; *Nativitas tua, gadium annuntiavit universo mundo.*—

AMEN.

SERMON

SOBRE

LA NATIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA.

De qua natus est Jesus... Iratus est draco in mulierem.

Math., cap. 1.º, v. 16 et Apoc., cap. 12, v. 17.

HÉ aquí, amados míos en Jesucristo, dos pasajes de la santa Escritura, distantes entre sí, y hasta inconexos al parecer y, sin embargo, ambos se dirigen á un mismo objeto, tienen un mismo término y dicen entre sí una relacion tan directa como admirable.

El primero es del Evangelio de San Mateo. Queriendo el historiador sagrado compendiar de un sólo rasgo toda la gloria de la Santísima Virgen María, con un laconismo más elocuente que cuanto ha podido inventar el ingenio humano, nos dice: *Maria es aquella de quien nació Jesus, llamado el Cristo*. El segundo es del Apocalipsis, por el que San Juan, ele-